Ciclo C: XXII Domingo del Tiempo Ordinario

Rosalino Dizon Reyes.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29)

Al decir de todos, el Papa Francisco atrae a católicos y no católicos. Esto señala algo que ya sabemos por experiencia: la sencillez, la llaneza y la humildad agradan, mientras la pomposidad, la ostentación y la soberbia desagradan.

Aprovechando la misma experiencia acumulada de la humanidad y su experiencia personal, Jesús enseña que «todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido». La enseñanza, aunque dirigida a todos, es particularmente para arribistas en busca de oportunidades, no de enseñar, sino de procurarse los primeros puestos, e incluso de espiar y arruinar a rivales, verdaderos o imaginados, que les impidan la realización de sus ambiciones.

Jesús les recuerda básicamente la sabiduría de que obra en su mejor interés quien en todo procede con humildad y se humilla tanto más cuanto más grande es a los ojos humanos. Es de juicio sabio el que no se cree digno de ningún puesto alto, pero pronto recibe ascenso. Hace cálculo necio, en cambio, el presumido que, ocupando sin más un asiento prominente, luego lo tiene que ceder avergonzado.

Pero la enseñanza cristiana va más allá del utilitarismo. Jesús enseña la humildad hasta el extremo, la que es desinteresada. Es la del que invita con cariño a los pobres que no le pueden corresponder. Es la humildad que él mismo ejemplariza.

Jesús nos tiende la mano y nos salva, sin que tengamos con qué pagarle debidamente. Si pudiéramos pagar, entonces razón tendríamos para jactarnos y la salvación no sería gracia.

Y tal es la gracia de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hace pobre para enriquecernos con su pobreza. También se hace maldición para rescatarnos de ella y, para justificarnos, recibe el trato que se da a un pecador. De verdad, la humildad desinteresada extrema se personifica en el que no hace alarde de su categoría de Dios, sino que se despoja de su rango, toma la condición de esclavo y es obediente hasta la muerte.

Como Jesús, en Dios pondremos nuestra confianza total. Tendremos la esperanza de recibir de él solo la recompensa gratuita. Nos bastará con ser conocidos sobre todo como hijos de él, no tanto como españoles, estadounidenses, filipinos, mexicanos, panameños, peruanos o salvadoreños, o como residentes de La

Moraleja, Beverly Hills, Forbes Park (donde frailes mendicants tienen el Santuario de san Antonio), Lomas de Sotelo, Costa del Este, La Molina o Escalón.

Y de Jesús no nos desviaremos. No desembarcaremos «en posturas pastorales de "quaestiones disputatae"» de los «católicos ilustrados» (Papa Francisco); no nos ocuparemos de cuestiones teóricas estériles tan remotas de la vida diaria. Seremos, más bien, ejemplos tangibles de la vida real del aprendizaje y la solidaridad con Jesús, allanándonos con los humildes, denunciando divisiones presuntuosas y destructoras, y resistiéndonos al clericalismo ("Tell me your friends …"; Papa Francisco). Siguiendo a san Vicente de Paúl, tomaremos lo peor para nosotros y desearemos ser siempre los últimos, y no iremos buscando ser alabados ni insistiremos en hacer ver que los con autoridad somos nosotros (IX, 545; XI, 238).

También dejaremos que el mediador de la nueva alianza, nada menos que él, nos desafíe. Haremos presente de nuevo su humildad y le imitaremos, fieles a su consigna: «Haced esto en memoria mía»; «Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)